

06/03/2016 – Diario La Capital

## **Prácticas docentes *entre los muros*. La cárcel como co-texto del discurso didáctico**

¿No será eso "pensar"? ¿Convertir en problema lo que se da como solución? ¿Convertir en pregunta lo que se da como respuesta? ¿Convertir en oscuro lo que se da como evidente? ¿Inquietar lo que sabemos (o lo que creemos saber)? Jorge Larrosa

La práctica en terreno, también conocida como “residencia” es un momento decisivo en la formación de cualquier profesional. Es el momento de contrastación de los saberes disciplinares e instrumentales construidos -con grandes dosis teóricas y variables componentes prácticos- con la realidad social en la cual el profesional aspira a hacer valer su experticia para resignificarla. Hace algunos años que, desde la cátedra Didáctica Especial y Práctica docente del Profesorado en Letras de la Facultad de Humanidades, estamos evaluando la necesidad de proveer a nuestros docentes en formación de contextos de práctica extraescolares o diversos (encierro, escuelas rurales, educación no formal, talleres literarios, Centros de Actividades Juveniles /CAJ, etc.) como forma de traccionar el currículo (siempre un arbitrario cultural dominante de lo que hay que enseñar y cómo) con las reales necesidades de los diferentes grupos y abrir espacios para que el docente en formación pueda construir zonas de intervención creadora.

En este escenario de preocupaciones, durante el 2015 hemos tomado el desafío – conjuntamente con las autoridades de las diferentes instituciones involucradas - de propiciar la primera práctica docente en contexto de encierro. La misma se realizó en una escuela secundaria técnica que, desde hace ocho años, tiene sede en la Unidad Penal 15 de Batán y es extensión de la EEST N° 3, el tradicional “Industrial” de la ciudad. Se trata de la segunda escuela técnica en contexto de privación de la libertad en el país, después de la de la unidad penal de Olmos.

Esta extensión en contexto carcelario inició sus clases en agosto de 2007. Sus estudiantes son internos adultos, sus biografías se tejen en una malla de múltiples exclusiones y sus biografías escolares están marcadas por la deserción, la discontinuidad y el fracaso reiterado. Es necesario decir que la mayoría de los estudiantes terminó la educación primaria en escuelas de unidades penales, muchas veces con traslados entre unidades. Tal contexto desafía cotidianamente los supuestos y las representaciones con los que se afronta la tarea educativa planteando paradojas e incertidumbres que promueven y agudizan el pensamiento didáctico. En este escenario, como le gustaba decir a Simón Rodríguez, “*O inventamos o erramos*”.

Algunas preguntas dibujan el mapa de las inquietudes y decisiones ante las que se encuentra el docente en formación del Profesorado en Letras que concreta su residencia en un contexto de tales características: ¿cuál es el valor de leer y escribir? ¿Cómo propiciar estas prácticas? ¿Qué espacio y rol tiene la literatura? ¿Cómo trabajar para ofrecer los medios que permitan contrarrestar el efecto de los vectores de desfavorabilidad que operan sobre estos sujetos? ¿Cómo generar estrategias de interacción con la lengua escrita que les permitan, a corto plazo,

sostenerse exitosamente en el sistema educativo y, a largo plazo, en la cultura letrada?

Previo a asumir el rol de practicante, es necesario que el docente en formación se convierta en observador. Observar varias clases del docente titular y registrar la mirada. Mirar, más allá de simplemente ver, implica dirigir la mirada, seleccionar, decidir, y allí se producen las primeras reflexiones. Las observaciones detectaron lo obvio y, por eso, importante de destacar: los contrastes con un curso de secundaria habitual. En el curso en el que se realizó esta experiencia de práctica el grupo de estudiantes era reducido, seis en total; el tiempo didáctico también tenía sus limitaciones debido al ingreso en distintos momentos de los alumnos que provenían de diferentes pabellones; a pesar de que se trataba de adultos de edades similares, los saberes previos que demostraban eran muy disímiles, por las diferentes experiencias vitales y formativas. A su vez, en cada encuentro variaba la cantidad de presentes. Todo esto conformaba un escenario de compleja heterogeneidad y recortaba el campo de lo planificable, abriendo paso a lo imprevisible. Entonces, la experiencia se constituyó en un aprendizaje sobre la flexibilidad imprescindible para el rol docente, la capacidad para adaptarse a la realidad de trabajo. Asimismo, se destaca el grado de individualización del proceso de conocimiento, ya que fue necesario pensar actividades cada vez más personales, las cuales, diálogo mediante, se construyeron de manera colectiva, buscando siempre problematizar el saber del otro, partiendo del punto en que se encuentra su propio pensamiento. La valorización (por parte de los alumnos y los docentes) de la tarea educativa hizo posible mirarse a los ojos y leer y escribir cuentos, en un aula de Lengua y Literatura.

Así, realizar las prácticas docentes (o residencia) en contextos diversos y/o extraescolares resulta doblemente formativo puesto que obliga a pensar a los destinatarios o sujetos del derecho a la educación y la cultura como un enigma, antes que desde el estigma. Obliga a cultivar la hospitalidad del cuestionamiento recursivo de la práctica docente que llevamos adelante a diario, poniendo en escena el valor de la pregunta y, como afirma Perla Zelmanovich, fomentando la disposición del enseñante como *“cultivador de buenas preguntas”*.

En la profundización de ese camino para formación docente universitaria estamos.

**Carola Hermida, Claudia Segretin, Marinela Pionetti**  
**Cátedra Didáctica Especial y Práctica Docente**  
**Profesorado en Letras de la Facultad de Humanidades – UNMdP**  
**Manuel Vilchez**  
**Docente en formación**